



Edgardo Civallero

Las trementinaires

Trementinaires

Las transgresoras campesinas que *andaban el mundo*

Edgardo Civallero

(c) Edgardo Civalero, 2020

Distribuido como pre-print bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

Trementinaires

Las transgresoras campesinas que *andaban el mundo*

Edgardo Civallero

Prefiero ser pájaro de bosque que pájaro de jaula.
Sofia Montaner i Arnau (1908-1996), *trementinaira*.

Eran mujeres sanadoras. Mujeres decididas que *anavan pel món* (en catalán, "andaban por el mundo"). Mujeres que heredaban y acumulaban conocimientos de siglos sobre plantas y hierbas medicinales, tratamientos, curaciones y otros elementos vinculados con la salud y el bienestar de animales y gentes. Mujeres que reproducían y cuidaban la vida gracias a la tradición oral que había saltado de boca en boca a través de las generaciones.

Eran mujeres sabias, a pesar de que, desde el punto de vista de la cultura dominante, no eran más que unas analfabetas míseras, unas muertas de hambre que carecían de

toda educación formal. Eran mujeres que, en otros tiempos (tiempos no tan lejanos, por cierto), habían sido acusadas de brujas y quemadas en la hoguera y que, por ello, se habían refugiado en el silencio de sus aldeas y caseríos de montaña.

Hasta que a mediados del siglo XIX, y hasta bien entrado el siglo XX, se decidieron a recorrer caminos, valles, montañas y senderos para llevar sus remedios allí donde podían, ganarse la vida con su trabajo, enfrentar el mundo solas y descubrir nuevos horizontes internos y externos.

Eran las *trementinaires*, las vendedoras de trementina del pre-Pirineo catalán. Procedían del Valle de la Vansa i Tuixent, ubicado entre la Sierra del Cadí y los contrafuertes del Port del Comte, en la comarca del Alt Urgell, al noreste de la provincia de Lleida (Cataluña, España).

Un poco de historia

Allá por el año 1623, Magdalena Barber, una vecina de Sant Pere de la Vansa, declaraba en un proceso inquisitorial que algunas mujeres de la parroquia de La Vansa

Fornols, acusadas de brujería, sabían preparar gran cantidad de venenos, pócimas y ungüentos (Alcoberro, 2009). La tradición de recolección y procesamiento de vegetales comestibles y medicinales en los Pirineos catalanes venía, pues, de lejos.

Tal tradición existió en muchos otros puntos de España y Europa. Las costumbres campesinas medievales, condenadas como propias de individuos ignorantes, paganos y brutales, sobrevivieron ocultas a la detección de la Iglesia y a las influencias de la educación formal prácticamente hasta la década de los 70' del siglo pasado. Comunidades, colectivos e incluso grupos sociales enteros configuraron una suerte de "Sur" dentro del Norte: todo un mundo ubicado más allá de una clara línea abisal.

Los procesos inquisitoriales de los siglos XV y XVI lograron que buena parte de las prácticas tradicionales de aprovechamiento de recursos naturales para alimentación y medicina quedaran reservadas al ámbito doméstico. Tales prácticas solían ser un patrimonio femenino, que se transmitía oralmente de madres a hijas y de abuelas a nietas. Como señalan Ehrenreich y English (2010: 59), "cualquier mujer que no fuera privilegiada debía conocer, al menos, el lenguaje de las hierbas y las técnicas de curar".

Esos saberes únicos, enraizados al territorio, se expresaban y transmitían en algunas de las lenguas "minoritarias" propias de las distintas regiones ibéricas, como es el caso del catalán y sus variantes. La experiencia naturalista y campesina de siglos se codificó así en registros lingüísticos particulares, de una riqueza especial.

Con la desaparición de la Inquisición, las tradiciones curativas volvieron a resurgir en las comunidades campesinas, particularmente en España. Y fue durante el siglo XIX cuando algunas de las mujeres *pageses* ("campesinas") cuyas prácticas habían sido denunciadas como brujería en otros tiempos comenzaron a salir de sus lugares para vender sus productos.

En su valle las llamaban *dones que anan pel món* ("mujeres que andan por el mundo"); a partir de la ciudad de Berga (capital de la comarca del Berguedà, en la Cataluña central) se las conocía como *trementinaires*. La primera *trementinaira* documentada fue Antonia Pallarès i Sobrè, vecina de Tuixén, que fue declarada "fuera del pueblo" en el censo de 1898 por hallarse vendiendo trementina en la provincia de Girona (Castellanos, 2014).

Andar por el mundo

Anar pel món era parte de una estrategia de las montañesas pertenecientes a las llamadas "casas bajas": gentes con muy escasos recursos, que desarrollaban una economía de autoconsumo y subsistencia. El objetivo de tal estrategia era reforzar esa frágil economía doméstica obteniendo dinero en efectivo, en un espacio geográfico en el cual los intercambios monetarios eran escasos y en un momento histórico en el que la crisis socio-económica era palpable.

Las *pageses* del Valle de la Vansa i Tuixent, que por siglos manejaron los conocimientos sobre vegetales comestibles y medicinales —unos conocimientos que para el siglo XIX se estaban perdiendo en muchas áreas de Cataluña debido a la "modernización" e industrialización de la sociedad catalana— supieron ver el producto y la necesidad, y no dudaron en aprovechar aquella oportunidad. Recogieron setas, resinas, hierbas medicinales, aguarrás y aceites y se dispusieron a comercializarlos.

La venta de esos bienes permitió a las *trementinaires* disponer de dinero contante y sonante para pagar deudas, redimir préstamos, realizar algunas compras e incluso

sobornar a ciertas autoridades y reducir los plazos de servicio militar de sus hijos y hermanos...

Para realizar esas ventas, las mujeres debían salir de su valle natal y *anar pel món*, una frase que deja claro que el valle era "el país" de esa cultura *pagesa* y todo lo demás, por cercano que fuera, era "el mundo". Atrás dejaban hogares y familias: toda una estructura humana que se reorganizaba con cada trayecto para que, en su ausencia, todo continuara funcionando.

En general, las casas tradicionales *pageses* incluían a los padres, el hijo casado con su esposa y sus propios hijos, y el resto de los hermanos solteros. Generalmente las mujeres trabajaban el campo junto a los hombres y además se ocupaban de la casa y del cuidado comunal de los niños. Cuando una mujer salía a *anar pel món*, una mujer mayor, o el marido, o una hermana o cuñada soltera se hacía cargo de sus tareas. En general, la red femenina cubría los huecos que dejaba la que partía.

Recorridos

Habitualmente las viajeras preparaban sus fardos dos veces al año: la primera en otoño, tras la matanza del cerdo, lo cual les permitía volver a casa para Navidad (fiestas importantes, en las que se reforzaban los vínculos familiares); la segunda, después de Reyes, finalizaba justo antes de Pascua.

Las *trementinaires* viajaban por Cataluña siguiendo siempre las mismas rutas: los largos caminos de la antigua trashumancia de ganado lanar. No entraban en grandes poblaciones: pasaban por villas y masías, en donde eran bien conocidas y recibidas. En esas casas solían tener un plato en la mesa y un lugar en donde dormir. Con esas familias establecían relaciones de confianza, amistad, conocimiento y reciprocidad. En muchos casos los intercambios de saberes, cuidados y alimentos se hacían a cambio de cobijo y alimentación, sin existir un componente pecuniario. Se mantenían vínculos estrechos, año tras año, en especial en aquellas comunidades y pueblos campesinos en donde los habitantes no tuvieran acceso al médico y, por ende, confiaran sus problemas de salud a las *trementinaires* y a sus productos.

Después del 11 de noviembre (San Martín, fecha tradicional de la matanza del cerdo en la península Ibérica) emprendían su primer viaje, hacia la Pla d'Urgell, el Penedès y el Camp de Tarragona, en donde vendían sobre todo setas secas, requeridas para las comidas navideñas. Después de Reyes salían nuevamente: iban por la cuenca minera y el río Llobregat hasta el Vallès y el Maresme, y en este punto seguían la costa hasta el Alt Empordà. En este recorrido, el más largo, vendían sobre todo trementina y aceite de enebro. Desde la costa de Girona volvían a las montañas leridanas atravesando las comarcas de la Garrotxa y el Ripollès (Frigolé, 2005).

Salían del Valle de la Vansa i Tuixent viajando a pie y en parejas: una mujer mayor, con experiencia, y una joven. Los miembros de tales parejas solían pertenecer a la misma familia; así, abuelas y nietas se iban juntas mientras que las mujeres de mediana edad quedaban al frente de la organización familiar. El hecho de viajar en parejas obedecía a varias razones: por un lado, permitía salvaguardar la reputación de unas mujeres que viajaban solas, algo que de por sí era un motivo de escándalo y de problemas (y en ciertas partes del mundo, triste es decirlo, lo sigue siendo). Por el otro, las parejas siempre juntaban a mujeres con mucha confianza entre ellas, una confianza que permitía que los viajes se convirtieran en una suerte de "iniciación" para la más joven;

ésta recibía los conocimientos sobre plantas y trementina, además de todo el saber sobre las artes medicinales, los circuitos de venta y los potenciales clientes.

Muchas trabajaban embarazadas, y en general podían hacerlo hasta poco antes del parto y desde poco después.

A pesar de que la trementina —aguarrás, extraído de la resina del pino— era el producto estrella (y el que daba su nombre al oficio), vendían muchas otras cosas: té de roca, corona de rey (*Saxifraga longifolia*), escabioses (*Scabiosa sp.*), serpolet (*Thymus serpyllum*), oreja de oso (*Ramonda myconi*), millfulles (*Achillea millefolium*), hongos secos, y aceites de enebro y de abeto, por ejemplo (Viñals y Domenjó, 2016). Antes de *anar pel món* era preciso, pues, recolectar hierbas y setas, limpiarlas, secarlas, cortarlas y meterlas dentro de *coixineres* (fundas de almohada); en esas tareas colaboraba todo el grupo familiar. A la trementina se le agregaba *pega grega* (colofonia de pino) y aceite de oliva para producir una suerte de pomada que se utilizaba para desinfectar heridas de personas y animales, y que las *trementinaires*, para evitar pesos excesivos en los viajes, no siempre llevaban preparada: transportaban únicamente la trementina, que según los pedidos mezclaban con el resto de productos, comprándolos a los drogueros de la zona.

Una vez preparadas todas las mercaderías, las guardaban en bolsas de tela fáciles de llevar durante el viaje. Esas bolsas, grandes como fardos, formaron parte del imaginario de las *trementinaires*, reconocidas allí por donde pasaran. Otros elementos típicos de su equipo eran una bolsa pequeña para llevar la ropa y el dinero; las latas en las que cargaban los aceites (de abeto y de enebro) y la trementina; una navaja para cortar y desmenuzar las hierbas; y una pequeña romana de hierro en la que pesaban sus productos antes de la venta.

Barreras

Con su oficio, las *trementinaires* rompieron toda una serie de barreras simbólicas. No se trataba solo de mujeres que andaban solas en un mundo "desconocido y lleno de peligros" sin la protección de hombre alguno. Aquellas *pageses* se metían de lleno en el ámbito de la salud, un universo que hasta aquel momento les había sido negado: cualquier incursión femenina en ese ramo había tenido como resultado castigos, exclusión, venganzas, burlas, e incluso la muerte en la hoguera.

Que se dedicaran a la venta trashumante constituía, además, una seria rotura simbólica de la feminidad y la vinculación al hogar en una España eternamente machista. E implicaba tener que hacer frente, además de a los peligros esperables de ese tipo de trayectos (desde los lobos a las agresiones y los robos), a las opiniones de una España igualmente clasista: que las mujeres salieran a "ganarse el pan" significaba que provenían de clases con un nivel socio-económico bajísimo.

El oficio estableció una serie de vínculos entre mujeres que fueron capaces de auto-organizarse. Las *trementinaires* crearon una red local que compartía conocimientos médicos y preparados naturales, lejos de los círculos dominados por la Iglesia y por el sistema cada vez más capitalista de las grandes ciudades. La construcción de esos espacios propios supuso un importante avance para la autonomía de las *pageses* del Valle de la Vansa i Tuixent. Cuando volvían a casa, tras semanas y semanas andando por Cataluña, no eran las mismas personas que habían salido de allí.

Habían descubierto mil cosas más allá de sus montañas natales.

Andares perdidos, odios latentes

Con la globalización, muchas familias que antaño acostumbraban *anar pel món* se desplazaron a ubicaciones cercanas a los grandes centros urbanos de la región, como La Seu, San Llorenç, Berga o incluso Barcelona. Por otra parte, la extensión de la penicilina y de la atención médica, la urbanización y la posibilidad de adquirir medicinas y fármacos con más facilidad que las hierbas hizo de las *trementinaires* una figura innecesaria.

Frigolé, el investigador catalán que probablemente rescató la memoria *trementinaira* para la posteridad, señala en un artículo del 2006 que esas mujeres han sufrido un fenómeno de patrimonialización. Cuando sus antiguos territorios de andanzas dejaron de ser campesinos, se re-formularon (como la práctica totalidad de España) en espacios de turismo e industria. En ese contexto se recuperó la figura de las *trementinaires*, que quedaron convertidas en un bien patrimonial: un elemento de museo con una bienintencionada orientación a la recuperación de las memorias, pero con un trasfondo que tiene más que ver con la construcción de una imagen de tradición y un modelo de rusticidad destinada al consumo turístico.

El mismo autor recoge que hacia 2007, con las últimas *trementinaires* ya ancianas, se creó un museo y se presentó un libro sobre ellas en el Alt Urgell. Y no fueron pocas las mujeres de "casas altas" que se deshicieron en denuestos, críticas amargas y clasistas, e incluso insultos contra las antiguas viajeras. Lo cual dejó en claro que incluso después de su desaparición, el quehacer y el andar de esas trasgresoras seguían rompiendo esquemas.

Addenda

La última *trementinaira* fue Sofía Montaner, de Ossera (Lérida), que viajaba acompañada por su marido, Miquel Borrell. La pareja *va andar pel món* por última vez en 1982.

Bibliografía

Alcoberro, A. 2009 *Per bruixa i metzinera. La cacera de bruixes a Catalunya* (Barcelona: Universitat de Barcelona).

González, E. 2014 *Las trementinaires: historia de una transgresión femenina* (Madrid: Universidad Complutense).

Ehrenreich, B. y English, D. 2010 *Por tu propio bien. 150 años de consejos expertos a mujeres* (Madrid: Capitán Swing).

Frigolé Reixach, J. 2005 *Dones que anaven pel món. Estudi etnogràfic de les trementinaires de la vall de la Vansa i Tuixent* (Barcelona: Generalitat de Catalunya).

Frigolé Reixach, J. 2008 "Processos de patrimonialització, ideologia i poder. Un exemple de l'Alt Urgell" en *Annals del Centre d'Estudis Comarcals del Ripollès*, nº 19, pp. 47-59.

Viñals, M. y Domenjó, I. 2016 "Les trementinaires... aquelles dones sàvies i valentes" en *Pànxing Pirineus*, nº 26, invierno-primavera, pp. 46-49.

